

## COMENTARIO BÍBLICO DE LA LITURGIA DE LA PALABRA

### DOMINGO TRIGÉSIMO TERCERO DURANTE EL AÑO

La semana pasada la Palabra de Dios nos hablaba del "sinlímite" del Don de Dios que participa de su cualidad al don limitado del hombre gracias a la interioridad. Hoy el Señor quiere que recabemos en el límite de todo lo que no es Dios, de todo aquello donde quisiéramos apoyarnos y que no es el Amor de Dios Padre.

Me contaba mi padre que cuando él estaba aprendiendo a caminar, por la inseguridad de los primeros pasos y buscando seguridad, se agarraba de sus propios cabellos. Esta actitud infantil y graciosa se repite cuando el hombre busca seguridades para su inseguridad. ¡Qué duro es nuestro entender! Hemos experimentado hasta el cansancio y a golpes, que cuando hemos buscado apoyarnos en nosotros mismos o en lo que es como nosotros, hemos padecido las mismas consecuencias.

Hace mucho, mucho, que el cerro San Bernardo está en su lugar; hace mucho, mucho, que el Zonda llega con el mismo peso. ¿Quién los ha visto distintos? Sin embargo, "pasarán" dice el Señor, sólo Sus Palabras no pasarán. ¿Para qué buscar como punto de apoyo al cielo o a la tierra? Los pecados del espíritu son cielo, los de la carne son tierra. Conocemos los pecados de la carne y hacemos mucho hincapié en ellos, son como la tierra; poco pensamos en los pecados del espíritu: la soberbia, la mentira, la calumnia, el engaño, el odio, la venganza, etc. son como el cielo, lo invade todo, lo cubre todo.

El fin del "Tiempo durante el Año" nos hace recordar el "fin de nuestro tiempo", cuando ante Dios nos tengamos que presentar desnudos y no haya otro criterio de distinción ante Él entre el rico y el pobre, el bello y el feo, el sabio y el ignorante, el título y el oficio, que el solo criterio de la caridad.

Sólo la caridad hace bella a la belleza física tanto como a su contrapartida la fealdad; ilumina a la sabiduría tanto como a la ignorancia; habilita tanto al título como al oficio. Porque "Cristo, con una sola oblación -la de Sí mismo por Amor- ha perfeccionado para siempre a los que santifica" y cuando sean removidas todas las "seguridades", cuando caigan todos los "soportes" y "provisiones" materiales, cuando hasta el cielo y la tierra pasen (y con ellas su gloria) descubriremos que la única seguridad es la oblación que Cristo ofreció al Padre por todos los hombres.

Por esa oblación hemos sido hechos hijos, por ella superamos los límites de la vida, la angustia de la muerte y la incertidumbre del juicio; por ella esperamos como Padre al que no queremos padecer como Juez.

A un mundo aterrorizado por el castigo que él mismo se está infligiendo (conculcación de la filiación divina, aversión y abuso del hombre por el hombre, intereses privados sobre los comunes, etc.). A un mundo que tiene terror del juicio final sin confesarlo. A ese mundo, que puede estar dentro de nosotros, presentemos el Don del Hijo al Padre como única esperanza y el tiempo presente como oportunidad para vivirlo en nosotros.